

LOS EXTRANJEROS

(Una ficción y un capítulo inédito de una novela)

TROPELIÁS

JULIÁN RÍOS

Alençon

I

El sonsonete que resonaba zumbón en su cabeza interrumpía bruscamente su sueño a distintas horas de la noche y de la madrugada desde hacía más de una semana. Siempre el mismo son del insomnio, redoblando sin fin, que era el nombre de un lugar para él desconocido, Alençon, pese a llevar ya más de media vida en Francia. Nunca había puesto los pies en esa ciudad normanda, aunque casi treinta años antes estuvo internado en un campo del cercano pueblecito costero de Arromanches.

II

Se revolvía en la oscuridad como si aún estuviese en su cama de paja sobre el suelo y distinguiese tras la alambrada las siluetas de los guardianes armados. Tu color, así le decían. Aún recordaba el nombre, Louis Toucouleur, de aquel enorme senegalés al que le dio su reloj a cambio de un pan de munición.

III

Alençon ni siquiera le dejaba irse por los cerros o encierros de los malos recuerdos y se imponía con su solo son insistente: Alençon Alençon Alençon..., alargándose lenta, machaconamente. Estaba a punto de cumplir sesenta y cuatro años, que ya hacían mellas, pues iba perdiendo vista y memoria y se preguntó si estaría empezando a perder también la cabeza. Alençon, Alençon, Alençon...

IV

El doctor Blades, sempiterno optimista, le recetó unas gotas para dormir como un bandito. Así dijo, el buen doctor, que solía aderezar o mejorar su español con palabras italianas. Su paciente de España nunca se permitió corregirlo. Menudos y morenos ambos, con parecidas gafas de montura de pasta negra, tenían cierto aire de familia. Aunque el doctor era bastante más joven, solía recibirlo en ese dispensario de barrio, a las afueras de París, con toda confianza, como a un compatriota en el exilio, y en más de una ocasión le refirió anécdotas de sus ancestros sefarditas en Argelia. Su paciente español vivía solo y nunca se refirió a su familia, si es que tenía. Era hombre de pocas palabras y le costaba o disgustaba hablar de su guerra civil, de su internamiento en Francia, de su deportación a Austria, del

definitivo regreso a Francia al acabar la Segunda Guerra Mundial. Sólo cuando hablaba de su trabajo, de los libros que imprimía o incluso de los que leía (alguna vez se definió como un tipógrafo que lee) sus párrafos se alargaban, no ahorra detalles.

V

Las gotas no le devolvieron el sueño ni disolvieron el insistente Alençon, que no le daba reposo ni pausa, y seguía resonando en su mente contra toda lógica y razonamiento. El doctor Blades no era psiquiatra pero quiso saber si ese nombre podía estar relacionado con algún episodio olvidado de su vida que pugnaba por salir a través de la duermevela.

VI

No le habló del campo de internamiento cerca de Arromanches, un lugar de La Mancha del que tampoco quería acordarse, y sólo consiguió recordar que tiempo atrás, al acabar su turno de noche en la imprenta, solía coincidir en un cafetín del antiguo mercado de Les Halles con una puta vivaracha que alardeaba de haber sido obrera en la fábrica de electrodomésticos Moulinex de Alençon. Mi cama es mi fábrica ahora, reivindicaba, y debía de ser cierto porque en la vecina rue Saint-Denis era conocida como Robot-Marie.

VII

Evocaba a aquella equívoca Marie, obrera del amor a destajo, pero cada vez con más frecuencia había nombres que se le quedaban en la punta de la lengua y no conseguía pronunciarlos. Para ejercitar la memoria copiaba frases del libro o del artículo que estaba leyendo, sus citas memorativas, en cuadernillos que él mismo fabricaba con restos de impresos inservibles. Su truco contra la merma de la memoria. Después de memorizar su anotación, arrancaba la hoja del cuadernillo en que la había copiado a lápiz, la arrugaba hasta formar una bolita, "faire une boulette", como él decía, y se la metía en un bolsillo. De vez en cuando la sacaba y repetía en voz alta la frase, con más o menos acierto, antes de alisar completamente el papel. Más de una vez lanzó por equivocación alguna de sus "boulettes" a los gorriones que alimentaba en la plazoleta de tierra y charcos al pie del alto y feo edificio de cemento verde, negro y marrón en el que vivía con otros muchos inmigrantes. Los pájaros también acudían a las dos ventanas de su apartamento, en el último piso, a la hora precisa de la subida de las persianas.

Casi siempre estaban bajadas porque a lo lejos las dos altas chimeneas con penachos de humo y el acantilado blanco de una cantera abandonada le producían un malestar indefinible.

VIII

Poco antes de dormirse, la noche en que Alençon lo despertó y desesperó por vez primera, había estado leyendo unas raras invenciones de un argentino muy cultivado por las que se paseaban como Perico por su casa Homero, Dante, Shakespeare y hasta el mismísimo autor del *Quijote*. Le impresionó especialmente la parábola de un leopardo enjaulado al que Dios le revela que vive y morirá en una prisión para que un poeta llamado Dante se fije en él y lo ponga en su poema. En el papel que se convertiría en bolita copió: *Padeces cautiverio, pero habrás dado una palabra al poema*. Y por su cuenta añadió o replicó: Dantesco o no, ningún verso vale lo que vale una vida.

IX

En sus papeletas o papelotas había copiado diversos datos sobre Alençon que encontró en alguna guía o enciclopedia y en un viejo folleto sobre la industria de la imprenta en esa ciudad. Según le confió al doctor Blades, empezó a recitarlos de noche –suerte de remedio homeopático– para apagar el sonsonete hueco de sus insomnios, el ruido que rodaba como una bola. Boule de son. Y entonces le habló al doctor –su única confidencia de infancia– de la canica que echaba a rodar una y otra vez en la artesa en que su madre amasaba el pan. En los bolsillos de su abrigo y de su chaqueta se encontrarían todos aquellos papelititos estrujados que se referían obsesivamente a la pequeña ciudad de la baja Normandía, de 27.000 habitantes, capital del departamento del Orne.

X

Alençon, Alençon, tuvo duques con su nombre y el castillo ducal del que quedan una torre coronada por una torreta y los dos imponentes torreones de su entrada convertidos actualmente en prisión. Tuvo una floreciente industria del encaje, con su reputado punto de Alençon. Tuvo, tuvo, cualquier tiempo pasado fue mejor. Fue ciudad de impresores, durante tres siglos, hasta finales del XIX, y en la imprenta local de Poulet Malassis –que suena en francés a pollo mal sentado y que su amigo el poeta Baudelaire apodaba "Coco Mal-Perché"– vio el 21 de junio de 1857 por primera vez la luz *Les Fleurs du Mal*, en una edición de 1.100 ejemplares sobre papel de Angulema. Dentro de un mes y diecisiete días, dejó anotado, probablemente el mismo día del viaje, hará 110 años.

XI

En la estación de Montparnasse se enteró contrariado de que no había tren directo a Alençon y tenía que hacer escala en Le Mans. En el alto tablero negro estaban anunciados los horarios que las cataratas de sus ojos, a pesar de las gruesas gafas, no le permitían ver con claridad y le acabó detallando amablemente un joven bien trajeado que aferraba un elegante maletín de cuero negro. También el joven del maletín viajaba a Le Mans en el primer tren, dentro de veinte minutos, y aún volvería a hacer de lazarrillo para guiar al viejo de la boina hasta el vagón que llevaría a ambos a Alençon. Mayo empezaba con fuertes heladas y los campos seguían desfilando blanquecinos. Alençon en un llano rodeado de colinas.

XII

Las dos agujas negras del reloj triangular sobre el tejado de la pequeña estación de Alençon hacían una V, al marcar la una menos cinco, con más de media hora de retraso. El viejo levantó de nuevo la cabeza hacia el reloj abuhardillado de la estación y miró luego su reloj de pulsera. Desde la parada del autobús su elegante compañero de viaje lo vio alejarse a pie hacia el centro de la ciudad. El español de la boina negra y el abrigo gris, que aún parecía más bajo en ese abrigo o ropón demasiado largo y suelto. Tres horas más tarde lo volvería a ver, el mundo es un pañuelo de Alençon, en la muy céntrica Grande-Rue. Y no tuvo tiempo de avisarlo con el brazo alzado, como un saludo.

XIII

No es imposible que se paseara a orillas del Sarthe y del Briante, que confluyen en el centro de la ciudad, y que como tantos visitantes contemplara los encajes de hierro forjado de los balcones de las casas patricias o el sutil encaje de piedra del pórtico gótico flamígero de la iglesia de Notre-Dame. Un grupo que se apretaba a la entrada de una casita roja de la rue Saint-Blaise atrajo su atención y aquellos peregrinos casi lo pusieron en fuga cuando le informaron que era la casa natal de una santa muy santa carmelita. En la misma calle le sorprendió la tromba de aguanieve y se refugió en el primer café. En La Renaissance no dejó de llamar la atención al entrar y darse media vuelta inmediatamente, cohibido quizás en ese decorado de altorrelieves de estuco, espejos, oropel y peluche, y tal vez por timidez fue incapaz de marcharse y al fin se sentó a una mesa cerca de la puerta. Pidió un café y un vaso de agua, por favor, del grifo –precisó. Casi sin levantar su cabeza emboinada, ajeno a la cháchara

alrededor, garabateaba sus papeles, los estrujaba y los iba metiendo en los bolsillos. El camarero dedujo que estaba revisando viejas facturas. Tal vez en La Renaissance escribió en francés, en uno de los papeles encontrados en sus bolsillos: El que ha pasado por Alençon nunca tiene nada que contar a sus amigos. Media hora después siguió prolongando su marcha en línea recta y en la larga Grande-Rue se detuvo ante el escaparate de la joyería Camus que, tras hileras de anillos de bodas, de oro y de plata, nocés d'or, nocés d'argent, para todas las edades, anunciaba: El diamante de Alençon. Tuvo, tuvo ¿las minas del rey Salomón? El dependiente de floridos mostachos, que parecía un coronel inglés, le explicó que el tal diamante era un cuarzo marrón. No es diamante todo lo que reluce. Y muy en breve recogería esas informaciones en la misma joyería el bien trajeado joven del maletín negro, que era representante de un bisutero de París. Cuando se dirigía por la Grande-Rue hacia la joyería Camus, el representante del maletín negro y testigo ocular, Massicot Jean, de 32 años, reconoció a lo lejos a su compañero de viaje a Alençon, que miraba a los tejados o a los copos que volvían a revolotear. Sin duda el viejo no lo había visto aún como tampoco, al intentar cambiar bruscamente de acera, el Citroën DS blanco como la nieve que volvería a cubrir a Alençon con su fina mortaja, que del cielo baja.

XIV

Alejandro Peña García
de sesenta y cuatro años
aproximadamente
natural de Madrid
resultó atropellado y muerto
por un automóvil
cuando cruzaba
una céntrica calle
de Alençon (Francia)

José-Miguel Ullán, *Ficciones* (1968)

*Escrito en memoria del poeta José-Miguel Ullán (1944-2009),
Alençon lleva por subtítulo en el original "Ficción para/hacia J-M. U."*

Kafkafuni

(1)

Me han instalado en la suite Bette Davis, dijo, sin mostrarse sorprendido, como si esperara mi visita, y esbozó su media sonrisa tan característica, entre tímida e irónica.

Parecía la habitación amplia y confortable de un gran Hotel, le expliqué a Delsena, a no ser por la cama articulada de barrotes blancos, que desentonaba junto al sofá y los sillones estilizados Art Deco. Atrajo sobre todo mi atención la tumbona de acero cromado y cuero negro, con el cilindro negro por cabezal, tal vez la misma –si no era una réplica– que había visto en su estudio londinense tantas veces y en la que se habían tendido desnudas tantas modelos suyas, a veces en poses provocativas de cautivas sin cadenas, y en la que se retrató vestido –uno de sus mejores autorretratos– con una chaqueta roja, pantalones verdes y tocado con una gorra de béisbol cenicienta, incongruentemente en medio de Cecil Court, la callecita de las librerías, al lado de Leicester Square, entre Charing Cross Road y Saint Martin’s Lane, donde yo también pasé muchas horas muertas. Se había retratado con el traje colorista que llevó el 15 de diciembre de 1983 en la boda con su segunda mujer, asimismo pintora y americana, que con su rutilante sonrisa y rasgos bien dibujados enmarcados por la melena azabache y con su figura esbelta hubiera podido rivalizar con una beldad de Hollywood, detalló una cronista de un suplemento dominical. Pero esa boda no se había celebrado bajo la carpa de un circo, sino con toda ceremonia bajo la *huppa* o dosel en la sinagoga sefardita de Bevis Marks, en la City, la más antigua de Londres. Elegantemente trajeado de oscuro, junto a la novia judía con velo blanco, bastante más joven que él, cuya muerte repentina apenas nueve años y pico después lo volvió a hundir en una profunda desesperación. Acusaba al enjambre de críticos ingleses que atacaron furiosos su gran exposición retrospectiva con sus dardos envenenados de ser responsables de la muerte de su mujer. La mayoría de los días ya no quiero vivir, me escribió en mayo de 1995. Sin temblarle aún la mano, con su caligrafía casi dibujada: *Most days I don’t want to be alive anymore*. Pero el hijo de ambos, pequeño aún, lo necesitaba. Se había cansado de Londres, de la vida en Londres sin Sandra. Londres la Muerta, la ciudad que fue su escuela, también había muerto para él. Tal vez hizo un intento o intentona de reanimarse, de suplir el suplicio de la ausencia, aventuré, cuando supe que en 1996 tuvo un hijo con una asesora de arte londinense con la que estuvo a punto de casarse. Fue una relación tan discreta como fugaz de la que prefirió no hablar. Al año siguiente se mudó a Los Ángeles y allí la esposa añorada reapareció sublimada en sus nuevos cuadros como ángel, reiteradamente, en ocasiones ángel con sexo con el que su amante viudo intenta reanudar el conocimiento carnal de modo sobrenatural. Y también, transfigurada como Shejiná, irradiante haz y faz femenina de Dios. Sin remontarse al empíreo de los signos, o al séptimo cielo, es un privilegio recordarla como era en esta vida, una artista abierta, sensual

y sensible. La pintora que pintó al hombre moreno..., bromeé con ella indicando uno de los desnudos, sobre una otomana de terciopelo amarillo, en el catálogo de su reciente exposición que me acababa de ofrecer en la brasserie de su coleccionista Peter Langan en Mayfair. Poco antes habíamos hablado de las poses de algunas mujeres españolísimas de Romero de Torres que había tomado prestadas su marido en ciertas obras, como en aquella de la joven prostituta barcelonesa sentada desnuda, con los brazos caídos entre las piernas enfundadas en medias hasta la rodilla. Con la superposición de voces de los comensales alrededor de una mesa cercana al pintor le costaba a veces seguir nuestra conversación, le expliqué a Delsena, y ladeaba la cabeza intermitentemente a derecha e izquierda, hacia ella o hacia mí. Cuando el patrón del restaurante se acercó a saludarnos, reconocí al hombre más bien rechoncho de mediana edad, de ralo flequillo napoleónico, que intentaba hacerse oír del pintor, cruzado de brazos y firme, entre el va y viene de visitantes y camareros en la exposición de su mujer. Conocía a ese chef irlandés desde mucho antes, cuando se ocupaba de otro restaurante más modesto, en el que él y otros pintores jóvenes trocaban sus obritas maestras desconocidas por comida regalada y bien regada. Fue su mecenas, en cierto modo. Dos años después, en 1988, los tabloides contarán su final trágico de alcohólico inflamable. Le pegó fuego a su casa cerca de Londres, con su mujer dentro, intentando quemarla viva; pero ella pudo escapar por una ventana y fue él el que murió, varias semanas después, a consecuencia de las quemaduras. Pero aquel fuego de su hogar aún no se había encendido y el patrón patrocinador acaba de brindar alegremente con nosotros —el pintor, abstemio inveterado, alzó su coca-cola— y aquel vino blanco francés me desplazó de un sorbo a 1982 y a la brasserie Balzar, donde cené con la pareja de pintores que estaban viviendo en París sin saberlo su año más feliz de pre-luna de miel, si así puede llamarse. El pintor parapetado tras el menú se esmeraba en recitar en francés al camarero los platos escogidos y el vino sincero, así sonó en francés con su acento el Sancerre, que celebré como mejor versión, sin quererlo ni beberlo, del in vino veritas. Pero no fue sincero sólo el vino aquella noche y el pintor hablaba con toda naturalidad de sus visitas regulares a las bellas de noche y de día de la rue Saint-Denis, ante la mirada en apariencia comprensiva de su amante. Su iniciación sexual en los burdeles del Caribe y de América del Sur, como jovencísimo marino mercante, le creó el hábito y fue putero la mayor parte de su vida. Varios cuadros suyos reflejan este comercio carnal más o menos idealizado. En el que le precedieron, aunque eran otros tiempos, algunos maestros suyos. Y sospecho que fue este hábito el que hizo que mantuviera relaciones abiertas con sus amantes. Cuando cenábamos en Balzar ya sabía que el pintor y su pintora tenían sus propias aventuras, de las que estaba rigurosamente excluido el círculo virtuoso de las amistades. Ella acudía entonces con frecuencia al Louvre y allí se enamorizó de un copista, de tal modo que su relación con el pintor de burdeles y holocaustos estuvo a punto de romperse. Cuando al cabo de unas semanas ella decidió volver al redil y enredo londinense, el pintor le propuso cambiar de estado, si no de costumbres, y

decidieron casarse. Una boda que habría de celebrar en una pintura, más formal que la del autorretrato tumbado.

El cuadro de Cecil Court, con su elenco dispar, si no disparatado, siempre me pareció teatral, una escena de teatro interrumpida o detenida y que tal vez espera a que se reanude. Alguna vez imaginé que el pintor con su vestimenta rojiverde aparecía representado por una marioneta que sostiene algo entre las manos juntas (¿un prospecto? ¿un trozo de cristal?) tendida en la tumbona, aparentemente absorta o ausente, mientras el viejo calvo que lleva un ramo de flores, a la izquierda del cuadro o del escenario –un librero que escapó de la persecución nazi y pudo refugiarse a tiempo en Inglaterra– va farfullando las obsesiones del artista yanqui expatriado en Londres que se superponen a sus antiguas experiencias de judío en la Alemania de Hitler. No recuerdo ya si le hablé alguna vez de mi visión escénica de su cuadro de Cecil Court, de ese teatro de marionetas de la memoria. Probablemente no. El tiempo difumina las certezas, y también las dudas. (Sin embargo, pese al tiempo transcurrido, recuerdo con claridad el intercambio de interpretaciones de ese cuadro entre los pintores Albert Alter y Víctor Mons, en el estudio-barracón del primero, en Artichoke Hill, cerca de los Docks, donde se fundó el grupo *Artichoke*. Para Alter, que había nacido en Amsterdam en la misma época, el pintor de la tumbona sostiene un trozo de vidrio roto de la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos de noviembre de 1938. Y Mons no estaba seguro de que fuera un trozo de cristal, en todo caso, añadió, algo envuelto en un pañuelo blanco, como una reliquia. Alter, que había realizado una serie de retratos al carboncillo de Ezra Pound, encontraba que el hombre de barbita en bombachos que barre delante de la puerta de una tienda de Cecil Court tenía un extraño parecido con el gran poeta antisemita. Vi luego alguna foto de la época en que un hombre en bombachos barre el estropicio en la acera. Y fue el rapsoda cáustico Reynaldo Rey, apunté entonces, el que había observado que el nombre del letrero de la tienda ante la que barre el de la barbita, Löwy, era el de aquel actor de teatro yiddish amigo de Kafka que no logró escapar de los nazis y desaparecería con toda su familia en Treblinka. Desde la primera visita al pintor yanqui, en su estudio de Chelsea, a Reynaldo le impresionó su profunda obsesión con Kafka, el mayor artista judío de todos los tiempos, nos dijo, y que era en la tragicomedia del arte suyo un personaje destacado de la infortunada comunidad judaica que poblaba sus pinturas. En uno de nuestros primeros encuentros con el pintor, cuando nos hablaba de Guernica y de sus recuerdos de España, sin omitir sus correrías por el Barrio Chino de Barcelona, nos preguntó de pronto si conocíamos el *Zohar*. ¿Está en Andalucía, no?, se adelantó Reynaldo, sin cortarse; pero al cabo de pocos meses para desquitarse se había convertido en perito en toda suerte de cabalarios y fue a encontrar que uno de los tres reyes de los demonios de la cábala española se llamaba Kafkafuni y, otra diablura suya, apodó así al atormentado pintor de la diáspora y del holocausto.

En ese cuadro de los refugiados de Cecil Court, de mediados de los ochenta, el pintor tenía la barba más bien oscura, con canas en las mejillas, y en este otro teatro absurdo de un hospital camuflado de Hotel ya se había vuelto blanca como las nieves perpetuas.

Estaba más pálido que de costumbre y el blancor de su cara, en la que asomaban las marcas de acné o de viruela, de la barba, que nunca le había visto tan larga, y de la cabeza hundida en la almohada blanquecina resaltaban contra el azul verdoso de la pared. Acostado boca arriba él no podía ver que en el gráfico sujeto a los pies de su cama habían trastocado su nombre de presidente americano en el muy francés y heroico de Roland. Creía que en el Hospital Americano de Neuilly estaban acostumbrados a los nombres de actores americanos, estuve a punto de soltarle, de no tener presente que su nombre de pila le horripilaba, al pie de la letra, aunque últimamente había conseguido vencer esa vieja aversión, y para emular a su muy venerado Vincent firmaba sus cuadros de nuevo con un escueto Ronald. Ya a principios de los noventa había firmado así unos cuantos cuadritos dedicados a los deterioros de la vejez, le dije a Delsena, sus autorretratos del artista senescente, y recuerdo que entonces, la mañana en que acababa de verlos en su estudio londinense –el mismo viejo con mala vista, mala dentición, dolor de espalda y todos los achaques propios de la edad– le pregunté si había firmado con el nombre aborrecido por mero masoquismo. En la vejez se vuelve a la infancia, contestó con una generalidad, o así me lo pareció, hasta que a continuación fue a sacar de la gaveta de un armario aquellos dibujos de boxeadores peleando en el ring, de campos con explosiones como matorrales, y de aviones que caían en llamas, firmados Ronald. Eran dibujos de cuando su país aún no estaba en guerra, creo que de 1940, y él a los ocho años ya acudía a las clases de arte en el Museo de Cleveland. RONALD, en mayúsculas, a los pies del boxeador que iba cayendo a la lona. RONALD al lado del arbusto hacia el que se precipitaba el caza en llamas.

El nombre aborrecido le venía, según me contó, del actor inglés Ronald Colman, galán de moda en Hollywood entonces, que enamoraba a su madre con aquel bigotito y modales de gentleman. El otro actor posterior, Reagan, remacharía el rechazo. Cuando pintó aquellos cuadritos de la decrepitud aún no tenía sesenta años pero desde mucho antes, apenas entrado en la cuarentena, se mostraba ya impaciente por ingresar en la vejez y alcanzar de una vez por todas el estilo tardío de los maestros antiguos. Aquella mañana en su estudio de Chelsea también me contó que recordaba perfectamente a sus profesores en las clases infantiles del Museo y que podía ver como si las tuviera aún ante sus ojos las trenzas pajizas de la niña de origen irlandés que dibujaba en la fila anterior, y exclamó su nombre, Moyna, o Moyra tal vez, no estoy seguro. Me pregunté alguna vez si le prestó aquellas trenzas a la chica rubia que sube por la escalera de mano roja en el gran óleo de 1966 titulado con el nombre del columnista político que leía desde muchacho, Walter Lippmann, que asoma a la derecha como mirón que espía el plató. Aunque le describí a Delsena el cuadro en detalle, con su

popurrí cinematográfico presidido por el actor de bigote que levanta su cóctel como en *Los 39 escalones* de Hitchcock, no creía haberlo visto. En cambio Delsena vio al mismísimo Lippmann en persona y lo fotografió en Nueva York, en el hotel The Lowell, a comienzos de los 70, dos o tres años antes de su muerte. (A quién no habrá fotografiado Delsena..., me dijo hace mucho el pintor Mons.) Y recordaba Delsena que el gran periodista norteamericano le habló del filósofo Santayana, su profesor en Harvard a finales de la primera década del siglo XX. Tal vez Lippmann creyó que Delsena era otro hispano. Pero sobre todo recordaba de aquella sesión fotográfica la expresividad de sus cejas circunflejas, menos acentuadas en su retrato pictórico de mirón espía. Claro que yo entonces, en el Hospital Americano, tenía ante mis ojos otro cuadro muy distinto, al pintor postrado y demacrado que se parecía al retrato al pastel (¿premonitorio?) de Degas encamado que hizo muchos años antes.

(2)

Tenía la mano izquierda (una x de esparadrapo en el dorso) sobre una revista ilustrada abierta, que probablemente había estado hojeando en la cama semiincorporado antes de que yo entrara, aunque no tenía puestas ni a mano las gafas de montura de pasta negra que solía usar para leer. Tal vez por eso me pidió que le leyera aquel artículo, en francés, ilustrado con un autorretrato suyo que parecía un profeta albino de William Blake. También observé que no llevaba el audífono, en la oreja derecha, pero no le dije nada. Aunque no me lo indicó, empecé a leerle en inglés el artículo, con las mismas o parecidas palabras con las que se lo repetiría de memoria a Delsena. Lo inquietante, le dije, es que sin pretenderlo tenía la sensación, a medida que iba leyendo, de que imitaba su voz pausada y su acento. El Pintor Kabalista, se titulaba. Cabalista con K, le dije a Delsena, innecesariamente, porque él también llamaba ya al pintor judío por la inicial kafkiana de su apellido. Cuando no con el apodo malicioso que le dio Reynaldo.

Durante estos últimos cinco años, en cualquier estación, con lluvia, sol o nieve, fue familiar en la plaza de Saint-Sulpice y especialmente en su Café de la Mairie la figura de profeta bíblico del viejo pintor americano de ojos alucinados y larguísima barba blanca. Se instalaba cada mañana temprano, recién abierto el Café, siempre a la misma mesa junto al ventanal y cerca de la puerta, desde donde miraba sin ver a los clientes que entraban y salían así como la plaza con su iglesia enfrente, cada vez que levantaba la cabeza del cuaderno de papel amarillo pautado en que escribía con esmero en hebreo sus Remembranzas, trazando y retrazando sin prisa cada letra.

Me interrumpió con un resoplido y alargó la mano hacia la revista, que le entregué, y lanzó inmediatamente al suelo. Aunque pocos días antes se recuperaba de un infarto en una unidad de cuidados intensivos, parecía haber recobrado ya la energía. Como en el anterior ataque al corazón, hacía más de veinte años en Londres, el súbito dolor en el pecho le sobrevino cuando estaba pintando.

En aquella época más de una vez me había comentado que la palabra pintar en inglés empieza dolorosamente, y yo no podía por menos de recordarle lo mal que acababa mi país en su idioma. Esta vez el dolor le sorprendió pintando por la mañana temprano en su estudio-ático de Saint-Sulpice y telefoneó sin perder tiempo a Monsieur Kalowski, el taxista que era casi su chófer particular, para que lo llevara al Hospital Americano. Fui yo el que le recomendé hace varios años a ese taxista que a su vez me había recomendado Delsena. Y fue Monsieur Kalowski el que me avisó del ingreso de mi amigo el artista pintor americano, como no dejó una vez más de especificar, en el Hospital Americano. Al fin pude visitarlo, al cabo de una semana, cuando lo pasaron a esa habitación casi de hotel –el Hotel de los Muertos, lo llamó alguna vez– que ya estaba deseando abandonar. Mucho después me preguntaría si no me dijo en francés el altar de los muertos. Y evoqué su cuadro del taxista londinense recostado contra un muro mientras lee una novela de bolsillo de Henry James.

A la izquierda de la cama y de los estilizados sillones rojos y negros había una terraza desde la que se divisaban los rascacielos de La Défense y la torre Eiffel. Y no me había dado cuenta de que junto a la puerta vidriera de la terraza estaba la silla de rodillas, que yo llamaba “el reclinatorio”, en el que tantas veces lo había visto dibujar arrodillado en su estudio de Londres. Quizás era la misma silla ergonómica ante la que yo posé, junto a la puerta que daba al jardín, para los numerosos bocetos de un retrato inacabable. Cuando le conté a Delsena que bautizó su habitación de hospital como la suite Bette Davis, él por su parte recordó la cita fallida con la gran actriz norteamericana, que había fotografiado en diversas ocasiones, tanto en Hollywood como en París, y con la que debería haber comido en su brasserie favorita del Barrio Latino al día siguiente de un homenaje por toda su carrera de monstruo consagrado en el Festival cinematográfico de San Sebastián, de no haberse sentido indisputada al llegar a París, apenas con tiempo para acudir a la última cita en el Hospital Americano aquella noche de comienzos de octubre de 1989. Y casi veinte años después su compatriota pintor la evocaba, quién sabe si desde la misma habitación o suite, bien bautizada Bette Davis.

Los sueños dueños son y quién sabe de dónde vienen o a dónde van, le dije al fotógrafo Delsena, después de hablarle del sueño en el extraño Hospital-Hotel de Neuilly, aquella noche de octubre de 2007, días antes de que me llegara la noticia del suicidio del pintor Kabalista en su casa del oeste de Los Ángeles. Que bautizó Westwest, en alusión al elusivo propietario del castillo, que es conde y esconde la llave maestra de ese castillo al que irás y en el que nunca entrarás de la novela de Kafka, su libro favorito. Tendido en su cama de viudo, a la que iba a retirarse temprano todas las noches, o más bien tardes. Su cabeza encapuchada en una bolsa de plástico. Su capucha del K.K.K., la triple K. de su verdadero clan, de la inicial de su nombre, del de Kafka y del protagonista de su novela. K. entró al fin en su castillo interior. Su última morada, habría de decirme Delsena, que nunca leyó a los místicos y que desde que le diagnosticaron la enfermedad de Parkinson mantenía largas conversaciones

conmigo en su villa frente al Sena y empezó a interesarse cada vez más en su compatriota el pintor Kabalista, o también K. el Kabalista, como solía llamarlo, atizando y matizando mis viejos recuerdos con su amor al detalle y su familiaridad con la fauna artística de Londres desde mediados del siglo pasado, en que él y su compatriota el pintor Kabalista llegaron por primera vez a Europa desde los Estados Unidos.

Aquella tarde de octubre, mirando al Sena desde la terraza del fotógrafo, o siguiendo el curso del Sena, como solía decirle, vi a través de un leve velo de bruma y luz de ocaso aparecer una barca en la que remaba un hombre frente una mujer de pelo largo a popa mientras en el centro se mantenía erguido un hombre con impermeable y capucha, probablemente un cazador. Se la indiqué a Delsena, antes de que fuera a perderse corriente abajo en el recodo de Vétheuil. Cuando iba a visitar al pintor a su estudio-apartamento de la rue Galande, en el viejo París, alzaba la cabeza para contemplar incrustado en la fachada de un cine el bajorrelieve medieval de la barca en la que reman un hombre a proa y una mujer a popa para pasar a la otra orilla a un leproso de pie con la cara tapada. Las leyendas no tienen fin y por ende dan muchas vueltas e imaginé que en este tramo del Sena acababan de aparecer y desaparecer el pintor y la pintora en su barca para pasar a su ribera de pintores inmortales al suicida encapuchado. Delsena conservaba su estudio de París y me dijo que se acercaría a la rue Galande para fotografiar el bajorrelieve del barquero hospitalario y su esposa. El tiempo tampoco había pasado para el viejo cine de la rue Galande que seguía proyectando aquel show de horrorrock...

Aunque Delsena y K. coincidieron muchas veces en las mismas ciudades, Londres, París, Barcelona, Los Ángeles..., y tuvieron algunos amigos comunes, sólo una vez se produjo el encuentro. A finales de los cincuenta, cuando preparaba su álbum de Americanos en Europa y fue a fotografiar al joven K. a su domicilio de un suburbio del sur de Londres, Dulwich, y aunque hizo varias fotos conservaba solo una en la que el hombre de barba bermeja y pelo al cepillo, en un abrigo oscuro con las solapas levantadas, posa ante la cancela de entrada al parterre o jardincillo ante la casita blanca, y a su derecha un niño de unos cinco o seis años en un abrigo demasiado corto se coge de la mano de una esbelta joven de larga melena tan negra como su minivestido. Era la primera vez que veía una foto de su primera mujer, y reconocí sus rasgos por el dibujo de ella que había visto muchos años atrás. ¿Quién es? Mi primera mujer en su lecho de muerte, me contestó tras un largo silencio aquella tarde en su estudio londinense, y guardó precipitadamente el dibujo en uno de los grandes cajones de su archivo. Yo no sabía entonces que ella se había suicidado. Con pastillas para dormir y alcohol. La primera pérdida fulminante, en 1969, de la que en parte se sentía culpable. Delsena recordaba vívidamente, es decir, visualmente, aquella visita a la casa casi de muñecas de Dulwich, aunque no guardaba trazas de la conversación con el joven matrimonio norteamericano. O sólo una cosa, que se

interesaron por París, donde él vivía desde tiempo atrás, y K. le preguntó si había obtenido fácilmente un estudio y por un alquiler razonable.

Nacieron ambos en 1932, en regiones no demasiado alejadas, en un pueblecito costero de Rhode Island y en un suburbio de Cleveland respectivamente, que abandonaron definitivamente en la niñez por las afueras de Nueva York. Los dos fueron abandonados en su tierna infancia por sus padres, de origen portugués el de Delsena y húngaro (o tal vez checo) el del pintor Kabalista, de los que no conservaban ningún recuerdo, a no ser unas cuantas fotografías desvaídas. También compartieron al final de sus vidas la misma enfermedad incurable, aunque su lazo común más fuerte fue el desarraigo, su condición de eternos extranjeros.

TROPELIÁS